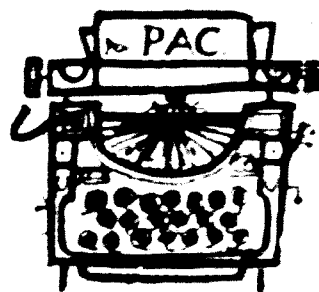


EL PENSAMIENTO NACIONAL

escrito a máquina

La nueva ola de dictaduras militares



Hace más de dos décadas —en los aciagos tiempos del viejo Somoza— Latinoamérica sufrió una serie de golpes de estado en cadena que impuso gobiernos militares en la mayor parte de sus repúblicas. Fue la época bochornosa y cruel del “Sindicato de Dictadores” que algún día será estudiada como la causante de uno de los períodos de frustración más nocivos en la historia del Continente: la época de Trujillo, Batista, Ubico, Martínez, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Odría, Toro, Stroessner, Perón... etc.

Mientras los beneficiados o herederos de estas dictaduras todavía escriben su historia con los restos del ominoso incienso que en aquel entonces se quemaba —Trujillo era “El Benefactor”, Somoza “el Propulsor del Progreso”, Pérez Jiménez “el Promotor de las Capacidades Corporales Morales y Esenciales de todos los Venezolanos”, etc.—; los opositores de estos regímenes, que ahora ya forman la inmensa mayoría, solamente maldicen su existencia pero rara vez tratan de explicarse las causas y razones históricas que los hicieron posibles y que les dieron banderas e incluso apoyo popular para levantar su faraónico poder.

Las dictaduras militares de ese entonces surgieron por la inoperancia de los partidos democráticos y por la incapacidad de adaptarse a las condiciones de Latinoamérica de los dirigentes izquierdistas y revolucionarios. Mientras los partidos tradicionales estaban ciegos a los cambios del mundo y a las nuevas necesidades de las masas, y se mataban en estériles cuanto enconadas campañas políticas o en guerras civiles creando un desorden pavoroso; los movimientos de izquierda, que sí cantaban los cambios mundiales y tenían sensibilidad social respecto a las necesidades de las masas hicieron una política torpe, de inútil subversión o de sucio entreguismo al Poder siguiendo consignas extranjeras. Ante ese caos, ante esa impotencia y podredumbre de las fuerzas políticas civiles, surgieron los militares levantando —sobre el cansancio de sus pueblos— una cuádruple bandera:

LA BANDERA DEL ORDEN Y LA DISCIPLINA (que dio una apariencia de organización a nuestra anarquía congénita, pero que al fin y al cabo no fue más que una imposición brutal de la fuerza policiaca. Ubico, por ejemplo, acabó con los ladrones... porque los mataba. Pero poco después quienes robaban en vez de ellos eran los policías!). **LA BANDERA DEL NACIONALISMO** (que pareció traer unidad y paz a las viejas divisiones, pero que no fue más que la imposición despótica sobre el país de un partido armado que se permitía monopolizar y manosear los símbolos patrios). **LA BANDERA DE LA EFICIENCIA ADMINISTRATIVA** (que por su fuerza militar pudo imponer y cobrar impuestos y contribuciones, y que exhibió grandes empresas estatales y construcciones nacionales que parecían indicar un verdadero progreso de todo el país, pero que, detrás de sus fachadas ocultaban succulentos negocios gubernamentales. Contribuyó a esta opulencia —más que eficiencia— administrativa de los Dictadores, la nueva política de préstamos y créditos de EE.UU. utilizada por ellos al máximo). Y, finalmente, **LA BANDERA SOCIAL** (era la respuesta al gran clamor de reivindicaciones que iniciaba el mundo laboral latinoamericano. Pero el re-

sultado fue una hábil o cínica combinación de las más despiadadas explotaciones con dosis graduadas de leyes laborales tímidas y paternalistas).

Jugando con esas cuatro banderas las dictaduras se atraieron inicialmente las simpatías de las juventudes y de las masas de América. Eran banderas nobles que aparecían izadas en todos los frentes del gran cambio y de los grandes ideales del mundo de entonces. Pero un momento después todas esas dictaduras habían traicionado sus promesas: detrás de las cuatro banderas lo único que emergía era un Poder omnímodo, cimentado y cruel sirviendo de instrumento de enriquecimiento a los núcleos gobernantes. Nunca en la historia de América ha habido un período más escandaloso y faraónico de peculado estatal. Todos los Dictadores terminaron super-millonarios. Incluso Perón, que parecía el más sinceramente socialista en su administración, no fue más que un astuto ladrón que repartió los despojos de Argentina entre la demagogia y su bolsillo.

La debilidad económica en que quedó Latinoamérica después de este saqueo, la frustración de sus pueblos, la dificultad de desmontar esos enormes poderes armados y ricos, y de detener la epidemia de rapiña oficial inoculada por el ejemplo de esos regímenes, es historia que todos hemos vivido o estamos viviendo.

Sin embargo, ahora resulta que el daño producido por el “Sindicato de Dictadores” quiere ser reparado... de nuevo... por otro sindicato de dictadores militares.

¿Qué ha pasado?

Lo que ha pasado es desconsolador: que otra vez son las mismas causas —con pequeñas variantes introducidas por las nuevas circunstancias— las que están produciendo y dándole banderas a la nueva ola de dictadores.

Otra vez los partidos tradicionales democráticos han resultado inoperantes. Han incorporado a la letra de sus programas conceptos político-sociales nuevos pero han mantenido sus mismas estructuras anacrónicas. Sirviendo vino nuevo en odres viejos han desacreditado el vino. Son los partidos democráticos los grandes culpables del descrédito de la democracia que sirve de estribo a la bota militar.

Y en cuanto a las izquierdas, otra vez han sido incapaces de aglutinar las fuerzas de cambio. Al contrario, manejando una estrategia partidarista miope, sólo han servido para provocar la división de las fuerzas trabajadoras o como disolventes de cualquier movimiento de unidad de naturaleza democrática. Como reacción a este cuadro de fracaso de las izquierdas ha surgido, finalmente, la acción revolucionaria, o mejor dicho desesperada, de los elementos extremistas que reducen su actividad al terrorismo y a la guerrilla. Sin embargo, este esfuerzo heroico al servicio de una utopía —que es creer, románticamente, que nuestros pueblos se van a socializar por el simple mantenimiento de pequeños focos subversivos— sólo ha servido para sacrificar incesantemente elementos valiosos de la juventud, y para hacer que se solidarice con las fuerzas dictatoriales y policiacas un número cada vez mayor de personas (de la burguesía, de la clase media y de la clase trabajadora) porque repudian la violencia, o porque temen el caos (que les significa hambre) o, sim-

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

plemente, porque temen verse comprometidas y sufrir las consecuencias.

Este es el panorama político civil de América: **INEFICACIA Y VIOLENCIA**; ¡los dos mejores caldos para que germine la dictadura!.

Examinemos ahora el reverso. **El panorama militar.** En toda América los ejércitos han llevado a sus puestos claves a jóvenes nuevos que han recibido una educación distinta a la de los generales machetones de antaño. Han leído, se han enterado de los nuevos rumbos de la política mundial, de las nuevas tendencias sociales, de los nuevos anhelos reformistas (reformas agrarias, fiscales y cambios de estructuras), y han sido adiestrados en academias, con mucha frecuencia extranjeras, en la eficiencia de la técnica moderna.

Al asomarse al panorama político civil lo que estos jóvenes oficiales perciben es su deprimente frustración. Incluso saben que son ellos los que tienen que luchar en las calles o en las montañas contra la marquisa, el descontento o las guerrillas. Pero estos militares ya no quieren hacer el papel de "policías" e los viejos oligarcas o de los nuevos ricos. Comienzan a pensar en una nueva misión del Ejército. Surge en ellos la idea de hacer la revolución; más aun, se convencen de que sólo ellos tienen la fuerza, la organización, la preparación para dirigir el cambio y "para decir al pueblo cómo ser feliz".

De esta convicción al golpe de Estado no hay más que un paso: el de la oportunidad.

Pero la dictadura, una vez que da ese paso, vuelve a equivocarse. El militar que cree que va hacer la evolución porque tiene fuerza y organización para imponerla desde arriba, no está haciendo más que embrando igual inoperancia, frustración y anarquía que las fuerzas civiles contra las cuales cree reaccionar.

¿Por qué?

Porque un pueblo no se transforma con órdenes, sino **PARTICIPANDO** en el cambio, creando él sus propias organizaciones y tomando sus propias decisiones. Lo que nos ha sobrado en América es Poder desde **ARRIBA**. Lo que nos ha faltado es poder desde **ABAJO**. Nos ha sobrado espíritu de mando. **NOS HA FALTADO ESPIRITU DE COMUNIDAD.**

"Donde no hay libertad ni participación popular en el poder, ningún aumento de riqueza, nunca, en ninguna circunstancia, en ningún caso, significa mejor **DISTRIBUCION** de la riqueza. Y ninguna reforma que no entrañe mejor distribución de la riqueza ni participación del pueblo en las decisiones sobre cómo ha de distribuirse la riqueza, puede calificarse de revolucionaria ni de progresista" (1).

El militar lleva a la política su vicio de mandar y de imponer. Lo que hace es agravar el mal de América: el caudillismo endémico, el paternalismo dictatorial que han mantenido a nuestros pueblos incapacitados para participar en la vida política comunal y para adoptar sus propias decisiones.

La única Revolución posible es cívica, es popular, es desde abajo, es creando **FACTORES DE PODER** en las masas, es provocando la organización del pueblo para que el pueblo luche por sus propias aspiraciones, para que participe en el desarrollo y para que —educado y ejercitado en esa vida comunal activa— haga surgir sus propios dirigentes, programas y formas organizativas.

De otro modo sólo se obtiene un **ORDEN ARTIFICIAL** que fracasa estrepitosamente apenas dejan de existir las fuerzas que lo sostienen.

PABLO ANTONIO CUADRA